

un virus mortal para la moral pública; actos que, en el falso cristiano, preparan al falso ciudadano, en el hipócrita de religión el hipócrita de costumbres y de patriotismo, y en un perjuro todos los perjuros" (1).

II

La hipocresía religiosa nos revela el vicio que inficiona a la religión católica, que es la ausencia del sentimiento religioso. Si fuese uno de esos movimientos cristianos como los que se producían en la Edad Media, el entusiasmo de la fe excluiría todo pensamiento de cálculo y de interés; y digo más: una religión que se inspirase en el Evangelio debería ser la reprobación de toda preocupación mundana. Tal fué el poderoso impulso del que surgieron en el siglo XIII las órdenes de San Francisco y de Santo Domingo. Los frailes mendicantes despreciaban las riquezas como el barro que se pegaba a sus sandalias; obedecían a un móvil realmente divino, la caridad. ¿Es éste por ventura el carácter de la reacción religiosa del siglo XIX?

Los hombres que han impreso un movimiento a ese retroceso eran hombres políticos mucho más que religiosos. No es que queramos comparar al conde de Maistre con los tibios cristianos que después del 48 han entrado en el seno de la Iglesia para poner a cubierto sus talegas; pero es lo cierto que su religión se asemeja mucho a un sistema político. De Maistre quiere restaurar la unidad de la Edad Media; pero ¿es para salvar a los fieles? Es más bien para salvar la vieja monarquía, cuyo apoyo más fuerte es el catolicismo. El fogoso ultramontano saca su religión de su cabeza, en vez de sacarla de su corazón. Por eso, a pesar del prestigio de su estilo, a pesar del celo del escritor, su vehemencia y su facundia no conmueven a sus lectores; no hay en él un grito que arranque del alma (2). Esa misma ausencia de sentimientos religiosos es también el carácter que distingue al más famoso de los escritores reaccionarios. M. Veullot ha formado con sus trabajos periodísticos doce

(1) VINET, *Ensayo sobre la manifestación de las convicciones religiosas*, p. 152.

(2) Véase mi *Estudio acerca de la Iglesia y el Estado*, parte tercera. M. Scherer hace la misma observación en su correspondencia con el conde de Maistre (*Misceláneas de crítica religiosa*, p. 264, 293, 294).

gruesos volúmenes de polémica religiosa; recorredles: allí encontraréis todos los tonos: el grave, el irónico y hasta el bufón; allí encontraréis todos los géneros: la sátira dominando siempre; pero en vano buscaréis una lágrima de tristeza ó de ternura, una palabra de humildad ó de compasión (1).

¿Qué sería si descendiésemos hasta la turba de escritores afiliados a la prensa católica? Abrase al acaso el diario que ha puesto la fe de Cristo al frente de sus columnas, y no se encontrará una por casualidad donde no se lean injurias, calumnias, embustes, ó cuando menos, el odio y la hiel de que rebosa el alma de los devotos. Y si se sale de ese lodazal de la reacción católica para escuchar a los hombres colocados a la cabeza del movimiento, se verán apóstatas de la libertad de pensar, filósofos ayer, ultramontanos hoy y mahometanos mañana, si lo reclama su interés. Los más recomendables son todavía aquellos que se llaman católicos políticos; no son más creyentes que los libre-pensadores, pero dicen y creen, a lo que parece, que el catolicismo es el único freno de las malas pasiones que agitan a las masas, y por lo tanto, el único lazo de la sociedad. Siempre resultará que esos hombres, los más sinceros entre los hipócritas, son también hipócritas.

Esa lepra del alma va ganando terreno entre los hombres del porvenir, los cuales ven que las masas viven aún bajo el yugo de creencias supersticiosas que ellos desprecian; y como las masas abultan y se las debe respeto, aunque no sea más que en vísperas de elecciones, hay que afectar una simpatía por sus creencias que se está muy lejos de tener. Porque, después de todo, hace poca cuenta a los hombres el atreverse a decir en alta voz lo que piensan, y se trata muy mal a aquellos que quieren conformar su conducta a sus convicciones. Sobre este punto, nuestros políticos no tienen escrúpulos; el interés los ciega para no ver que la gran fuerza de la Iglesia consiste en que domina sobre las mujeres y los niños; y tan culpables como irreflexivos, entregan al enemigo sus mujeres y sus hijos, sin sospechar que les entregan el porvenir de la sociedad. No es esta solamente una cuestión de poder; el mundo espera una fe nueva. Y ¿cómo se quiere que la fe germine en el seno de la simulación, del cálculo y de la mentira? Las intelligen-

(1) SCHERER, *Misceláneas de crítica religiosa*, p. 437.

cias se abaten y los caracteres se rebajan, y ese es el principio de la decrepitud moral.

III

Un escritor protestante, librepensador, dice que la reacción católica compromete al catolicismo. En efecto, es comprometer la religión el ponerla en oposición con la sociedad que tiene la ambición de dirigir, y, que, hágase lo que se quiera, no retrocederá a la Edad Media. Es comprometer el catolicismo el hacerlo solidario de los falsos milagros y de las falsas reliquias. Es comprometerle el asociar su destino al del despotismo intelectual y político. Es comprometerle el hacer su defensa por medio de la mentira, del ultraje y la difamación (1).

M. de Sacy está de acuerdo con M. Scherer, en cuanto es dado a un católico hablar como librepensador. "Nada, dice, sería más capaz de hacer desesperar del porvenir de la religión, si la misma mano de Dios no la sostuviese, que eso que se llama reacción religiosa. *La reacción religiosa es todo menos religión.*" Se sabe que en Roma no se habló nunca más de la república que después que el pueblo rey perdió para siempre su libertad. La reacción católica es religiosa poco más ó menos como se era republicano en tiempo de los Césares. "A juzgar según las reglas ordinarias de la sabiduría humana, *la reacción religiosa no es más que el último síntoma de una religión que se muere, que está muerta.* No es uno religioso porque haga alardes de religión. Hay tiempos en que todo se convierte en palabras; precisamente los tiempos en que falta la fe." ¡Cuántas gentes se imaginan que tienen fe porque sienten la necesidad de una creencia! Y en esta disposición, cada uno se forma un catolicismo a su manera: "Para los políticos es un instrumento, para los poetas una lira, un símbolo para los filósofos, y una manera de vivir que no sienta mal a las gentes honradas. De esa ley casta y severa del cristianismo se hace una ley de amor y de placer, de amor profano. A esa ley inmutable se la corrige, se la arregla y se la acomoda a los usos y a los caprichos del siglo." Casi todos llevamos una máscara; arranquémonosla; y ¿qué encontraremos?

(1) SCHERER, *Misceláneas de crítica religiosa*, páginas 448 y siguientes.

Todo menos religión. La religión está en nosotros, en el fondo de nuestra conciencia, allí donde nadie va a buscarla. Y ¿qué resulta? Que ese disfraz de religión no tiene influencia alguna en nuestra conducta. Escribimos bellas frases contra los filósofos del siglo XVIII y vivimos como ellos (1).

Esto es la condenación de la reacción católica. La religión no es nada si no regenera el alma, si no es por lo menos un esfuerzo del hombre interior para elevarse a la perfección. Esa es la ley que Jesucristo ha dado a la humanidad, y esa ley es de una verdad eterna. Los apóstoles no predicaban: Creed en la omnipotencia del papa, sino que decían: "Enmendaos si queréis entrar en el reino de Dios." ¿Es así como se hacen las cosas bajo el imperio de la reacción que se llama religiosa? Un juez competente responderá por nosotros: "La reacción, dice M. Remusat, tiene tan poca relación con la moral, que no ha sido acompañada de la más ligera enmienda. Si hemos de creer a los censores de lo presente, ha sucedido todo lo contrario; bajo nuevos disfraces, la marcha del tiempo hacia todo lo que es terrenal, material y positivo, no ha hecho más que aumentar," (2).

El grito de dolor lanzado por M. de Sacy está sobradamente justificado: la reacción católica es el fin del catolicismo. Hay, sin embargo, un sentimiento verdadero en la reacción religiosa, el de la necesidad de creer. M. de Sacy no lo desconoce: "Es una especie de admiración y de terror en vista del aislamiento en que la filosofía del siglo XVIII ha dejado al hombre y a la sociedad, en lucha aquél con sus pasiones, sin regla que las domine, combatiendo con las vicisitudes de la vida, sin apoyo que le sostenga, sin luz que le guíe, y la sociedad en lucha con las revoluciones, sin una fe pública que las modere. El siglo XVIII era feliz con su incredulidad; mas para nosotros es un peso agobiador; levantamos los ojos al cielo buscando en él una luz extinguida, y nos dolemos de no verla brillar," (3). Todo esto es verdad, si se hace abstracción del color excesivamente católico. M. de Sacy, que es un creyente, desearía creer que hay un retorno al catolicismo en el fondo de la reacción religiosa; pero lo que hay es un retorno a la religión

(1) DE SACY, *Variedades*, t. II, p. 7-11.

(2) DE REMUSAT, *De la teología crítica* (*Revista de Ambos Mundos*, 1862, t. I, p. 102).

(3) DE SACY, *Variedades*, t. II, p. 6.

tradicional que impide á la reacción echar profundas raíces en las almas. Verdad es que la reacción ha tomado la forma de una conversión al catolicismo. Y esto no es, como dice M. Renan, porque el catolicismo sea la más religiosa de las religiones (1). ¿Cómo un culto exterior impuesto por la autoridad podría penetrar en los pliegues del alma donde se forman las fuertes creencias? Nada más natural, nada más fatal que la forma católica que ha revestido la reacción religiosa; es la ley de toda reacción. Cuando en política se retrocede hasta la Edad Media, ¿cómo no se había de retroceder hasta ella en religión? Sólo que la vida no se halla en las tumbas, se encuentra en la conciencia progresiva de la humanidad. En ella se verifica un trabajo latente de renovación religiosa que tiene más porvenir que la reacción católica. Si en ésta no hubiese más que el retorno á la religión tradicional, el espectáculo sería desesperante, puesto que no habría en él más que ilusión, fingimiento ó hipocresía; pero dichosamente hay otra cosa, y en el seno del cristianismo protestante, unido á la filosofía, es donde descubriremos los gérmenes del porvenir.

Hemos invocado la filosofía. También en ese campo nos encontramos con adversarios, y en apariencia, con enemigos más terribles que en el cam-

(1) RENAN, *Estudios sobre la historia religiosa*, Prefacio, página XIX.

po opuesto. Los católicos mantienen alta y firme la bandera de la religión; podría decirse que exageran su importancia, si en ello fuese posible la exageración. Pero hay una doctrina del todo contraria que ya se manifestó en el último siglo y que Voltaire ha combatido con todas sus fuerzas, el materialismo ateo (a). Esa doctrina reaparece en nuestros días bajo mil formas, que todas tienden á la incredulidad absoluta y sistemática, todas excluyen la idea religiosa como una quimera. Preciso es detenernos ante este aspecto del movimiento social, que si infunde tristeza, no debe causar desesperación. La esencia de las creencias religiosas sobrevivirá á esos ataques. Lo que resultará de la crisis en que la humanidad está empeñada no será ni el catolicismo ni el ateísmo, sino un cristianismo interpretado por la filosofía, es decir, conciliado con la razón, en lugar del cristianismo tradicional que la impugna y la condena. Ese cristianismo razonable, como le llama Locke, será aceptado por los incrédulos del día, porque lo que éstos rechazan no es el cristianismo ni la verdadera religión, es la superstición y la tiranía intelectual, su inseparable compañera.

(a) El afecto del autor á Voltaire le hace cambiar aquí los papeles. El que combatió con todas sus fuerzas el materialismo ateo no fué Voltaire, fué Rousseau. Y lo digno de advertencia es que Voltaire se creía combatido en su doctrina por Rousseau, y de ahí su profunda inquina, su odio implacable contra él. El volterianismo es mal fundador de creencias.—(N. del T.)

CAPITULO II

LA INCREDELIDAD

§ I. — Los hechos.

N.º 1.— *La incredulidad.*

Si hemos de creer á los apologistas del cristianismo tradicional, la incredulidad es hija de la Reforma: es ésta, dicen, la que engendró la filosofía, en pos de la cual ha venido el materialismo del siglo XVIII. De antemano hemos respondido á esa alteración de la historia: la incredulidad no data de los tiempos modernos; la hemos encontrado en la Edad Media (1), y se puede afirmar que existió desde el día que el hombre se atrevió á pensar libremente sobre los misterios cristianos. No es verdad que la Revolución del siglo XVI haya sido la causa de la impiedad; al contrario, los reformadores avivaron el sentimiento religioso. El paganismo, del cual se quejan tantos ortodoxos en nuestros días, se entronizaba durante el siglo XV en la silla de San Pedro: los cardenales desdeñaban la Sagrada Escritura, y los dioses del Olimpo amenazaban volver á ocupar el lugar de Jesucristo. La Reforma fué la que salvó al cristianismo, é hizo una guerra cruda á los libertinos, pero sin poder destruir la libertad de pensar.

La oposición al cristianismo ortodoxo, ya sea

(1) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

protestante, ya católico, continúa, y toma un carácter grave y sistemático entre los deístas ingleses. Los filósofos franceses la difundieron por las clases ilustradas de la Europa entera. Ya hemos dicho en un estudio especial cuál fué el movimiento filosófico del último siglo (1): era mucho más hostil á la religión cristiana que el deísmo; los deístas se llamaban cristianos, mientras que los filósofos tomaron á su cargo destruir el cristianismo; los hubo que fueron más lejos y que predicaron abiertamente el materialismo, haciendo la guerra á toda idea religiosa. La Revolución hizo desbordar todas las malas pasiones, y hubo durante ella saturnales de impiedad. Sin embargo, los hombres del 89 y los mismos del 93 no eran ateos ni materialistas, como no lo eran los ilustres escritores que los inspiraban, Rousseau y Voltaire. La Revolución tenía la pretensión de inaugurar una nueva era para la humanidad, así en la esfera de la religión como en la de la política (2). La Revolución fra-

(1) Véase mi *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII*.

(2) Véase mi *Estudio sobre la Revolución francesa*, parte decimacuarta.